
III

Colegio de Letrán.—Callejón de López.—Lacunza.— Su cuarto.— Conversaciones y confidencias.—Lecturas.—La Academia de Letrán.—Juan Lacunza.—Ferrer.—Joaquín Navarro.—Quintana Roo.—Carpio.—Don Manuel y Don Alejandro.—Pesado.—Rodríguez Galván.—Ignacio Ramírez.—Aguilar y Marocho.—Munguía.—Fernando Calderón.—Juan N. Navarro.—Alcaraz.—Toruel.—Gorostiza.—Collado.—Taller de Villanueva.—Mis relaciones con Fernando Calderón.—Reflexiones sobre la Academia.—Costumbres y obras originales.—Aduana.—Un ladrón que se denuncia.—Descripción de la Aduana.—Sus labores.—Edificio.—Dolores y gozos.—El empleado viejo.—Vida alegre.—Café de Vérolly.—Ribot.—Requena.—Tola.—Cela.—Cartucheras al cañón.—Calaveradas.—Vinatero ó Gregorito.—Los frailes.—La Iglesia y sus bienes.—Fiestas mundano-religiosas.—Especulaciones, intrigas, educación.—El Tata Padre.—Monjas y milagros.—Literatura mística.—Los conventos.

El Colegio de San Juan de Letrán, de que tantas veces he hablado, era un edificio tosco y chaparro, con una puerta cochera por fachada, un connato de templo de arquitectura equívoca y sin techo ni bóvedas, que pudiera pasar por corral inmundo sin su careta eclesiástica y unas cuantas accesorias interrumpidas con una casa de vecindad, casucas como pecadoras con

buenos propósitos, que parecían esperar la conclusión del templo para arrepentirse de sus pecados.

La espalda del edificio, era como hoy el Callejón de López en su parte más amplia porque tenía entrada obscura y sucia de embudo y se dilataba bajo las inteligentes miradas de la ventanería de las celdas ó departamentos del Colegio.

Ya entonces el Callejón tenía la boga escandalosa que hoy le da fama y le acreditaban hetairas de gran renombre, sin irrupciones bruscas del extranjero á esa socorrida *industria* nacional.

Había la gran diferencia, de que en vez de retretes con techos de seda y cortinajes; en vez de consolas, burós, espejos, lámparas, mesas de nogal y sillones, había paredes descascaradas. Un santo con su lamparilla ardiendo; el brasero á la puerta, la cama escondida; estampas de colores chillantes representando escenas de Atala y de Guillermo Tell; soldados recortados á tijera, pegados á la pared con engrudo, alternando con avisos de toros; sillería de tule y mesilla de palo blanco con manchas de grasa, tinta y cicatrices de cortapluma, con jarros ahumados y botellas. Solía alguna maltratada guitarra protestar contra tanta miseria y abandono, ó algún tocador ó renovado tinajero dar idea remotísima de los encantos del hogar. Con vigas podridas, húmedas, sin luz, con furias desmechadas por sirvientas, y mujeres desvergozadas por matronas, tales eran aquellos antros de degradación.

El colegio, en el interior, estaba dividido en dos ex-

tensísimos patios de todo punto desguarnecidos, ruinosos y sombríos.

En el centro del primero había una gran fuente; limitaba uno de sus lados la alta pared del templo, soberbia para jugará la pelota; al opuesto lado, una galera, con estrechas ventanas como de macheros, con angostas bancas de palo blanco y toscas mesas con chorrones de tinta, sus pautas y plomos, su cántaro con tinta y su olla con agua negruzca, con su jarro de hojalata, estaba la escuela primaria.

El segundo patio era propiamente un corral con sus caballerizas inmundas y un antro negro, pestilente, donde en medio del humo se percibía una harpía jorabada y harapienta que era la cocinera; cocina que de sólo imaginada habría producido un ataque nervioso á Brillat de Savary. En un costado de ese patio había una higuera en la que tuvieron mis colegas sus primeras nociones de gimnasio.

En los corredores de la parte superior del primer patio había salones para las cátedras, y el cuarto del Rector que era un *pandemonium* de libros y sillas de caballo, trastos y santos, la capita azul para las aventuras amorosas y la caja de hojalata que encerraba la gran borla de doctor y la beca que lucía con garbo en toda clase de solemnidades.

En el pasillo para el segundo patio estaba la biblioteca, materialmente enterrada en el polvo, con los estantes desbaratados y cortinajes de telarañas sobre sucios vidrios de las ventanas; había sus cátedras y

dormitorios, y en uno de los ángulos un callejoncito como vaina, obscuro y puntiagudo que remataba con tres cuartos. En uno de ellos vivía el Sr. Lic. D. José María Lacunza.

Frente levantada, hermosos ojos negros, grueso y patillado, cuello apenas saliente de su ancho pecho y robustos hombros, actitud reflexiva, hablar sonoro, redoblando la erre de un modo particular. Su traje descuidado, pero sin poderse tildar de soso ni de sucio.

Su cuarto, que propiamente podría llamarse celda, con sus altas ventanas, sus desnudos ladrillos y su cancel en la puerta, estaba totalmente tapizado de libros, sin más claros que el que ocupaba una angosta mesa que sería calumnioso llamar bufete, y en un extremo de la pieza y en el opuesto un catre aislado y como llevado con carácter provisional á aquel lugar. Completaba el ajuar una mesilla de palo blanco, y en ella, ó provocando, ó atestiguando el apetito del dueño, una portavianda de hojalata y un cántaro poroso con agua pura. En esa mesilla solían hacer sus sacrificios á la gula los retoños de las siete partidas y del Conde de la Cañada, tertulianos de Lacunza.

Lacunza era hijo de un pródigo y distinguido magistrado, conocido por algunos opúsculos y poesías subscriptas con el anagrama de *Can-Azul*. Huérfano, lo mismo que su hermano Juan, en edad muy temprana, quedó bajo el amparo de su tía Doña Guadalupe Blengio, que era el tipo más acabado de la matrona colonial.

Era pequeña de cuerpo, de hundidos labios y ojos vivísimos; su zorongo con su punta, su toscó pañuelón de abrigo cruzado en el pecho, su purillo delgado en la boca y su andar expedito y desembarazado.

Esta venerable señora fué la madre de los Lacunza; los cuidaba y mantenía, los doctrinaba y mimaba con inagotable ternura.

José María Lacunza fué ejemplar en su gratitud para su bienhechora. No obstante hacer vida de anacoreta en el Colegio, no pasaba día que no fuese á besar la mano de su tía, y cuando ésta se enfermaba, Lacunza la curaba, le daba sus baños de pies y la mimaba, y este tratamiento lo mismo fué cuando era un simple colegial que cuando ocupó las más altas dignidades del Estado.

En el Colegio se distinguió Lacunza desde sus primeros estudios, y su acto de filosofía fué un verdadero acontecimiento. Fué padrino del acto el Sr. Pedraza, quien quedó tan complacido de los talentos y de la sabiduría del joven actuante, que cuando terminó el acto le dió como gala, en una tira de papel que arrancó á un periódico, una orden para que D. J. B. Sisos, encargado de la casa de Adone Hermanos, le suministrase una mesada de diez y seis pesos hasta que concluyese su carrera.

Siguió Lacunza sus estudios, se dedicó á las ciencias naturales por sí mismo, supliendo con mil trabajos sus instrumentos de física y su laboratorio químico; aprendió sin maestro varios idiomas, entre ellos el

inglés que poseía con rara perfección, y se dió á conocer en literatura con una oda sobre la invasión de Barradas, que le valió justísimos aplausos.

Una memoria prodigiosa, una palabra fácil y elocuente, una perseverancia en el estudio que rayaba en tenaz y viciosa: tales eran las dotes de Lacunza.

Daba ó suplía las cátedras todas del Colegio con sorprendente aptitud, citando páginas y renglones en cualquiera de ellas para sus réplicas ó controversias.

Afeaban este hermoso talento dos defectos capitales. El primero, cierto amor al sofisma que todo lo embrollaba; cierta sutileza, cierto tornasol de argumentación que, fomentado por el amor propio y el hábito autoritativo, le valieron el título de «Cubiletes,» porque en las discusiones tal parecía entregarse á juegos de prestidigitación.

El otro de sus defectos era la frialdad: ni el amor levantó jamás tempestades en su corazón, ni la ambición le arrebató un minuto de sueño. Contento con su vida monjil y sus pocas necesidades, la codicia para nada le preocupaba, y su tía y su hermano sabían más que él lo que necesitaba y lo que ganaba.

En las grandes cuestiones hacía de su cerebro un pizarrón, en el que planteaba un problema que seguía inflexible é invariable sin que le envanecieran los triunfos ni le arredrasen las derrotas.

En la discusión se complacía en robustecer, levantar y dar apariencias indestructibles á los argumentos de su adversario y luego los deshacía fácilmente, los

volvía espuma y humo, sin efectarse, sin jactarse, como desbarata un niño un palacio de naipes.

Resultado de uno de esos problemas fué su activísima participación en la paz de los Estados Unidos, lo mismo, estamos ciertos, fué en la cuestión del Imperio. Problemas matemáticos equivocados, sin odio y sin amor, sin tener en nada su individualidad en los resultados de esas operaciones.

No creía en nada; la consecuencia era cuestión de método: hacía el bien porque le parecía lógico, el mal lo explicaba por las leyes de la gravedad.

Su gran pasión fué la lectura; devoraba libros que daba miedo, pasaba tres y cuatro horas boca arriba con un libro en las manos, como de piedra, sin dar señal de vida, más que al voltear las hojas.

Tenía poquísimos amigos, entre ellos Iturbe y Vicente Gómez Parada; no obstante su retrainimiento, su trato en público era agradable; guardaba, como Lerdo, todas las fórmulas de la buena sociedad, y cuando sus discípulos ó conocidos le consultaban sus dudas, se complacía sinceramente en estudiar con ellos y resolverles sus dificultades. En cuanto á lo que se llama mundo, Lacunza era un niño. . . .

Delgado como una caña, pálido, de ojos de relámpago y movimientos rápidos y nerviosos, boca bien hecha pero con dentadura trunca y podrida, voz melíflua, risa franca, Juan N. Lacunza formaba, en mucho, contraste con su hermano.

Gran jugador de pelota y billar, compartiendo su

tiempo entre el estudio, los juegos y el teatro, tan pronto asombraba en un informe de la Corte, como llevando la bolea en la pelota ó deleitando con sus versos, sus chistes y sus simpáticas maneras en el teatro de los Gallos á Cayetana la «Manitos» y las aprovechadas discípulas de Isabel Rendón y Joaquina Pautret, que estaban entonces pintando en el ocho.

Juan Lacunza era á José María en las reducidas proporciones de este cuadro, algo parecido á lo que Juan de Molendino y al Arcediano, en la célebre novela de «Los Misterios de París.»

Otro concurrente asiduo al cuarto de Lacunza era Manuel Toniat Ferrer, de veintidós á veinticuatro años, rubio, de ojos azules, silencioso, sentimental y melancólico. Como los Lacunzas era abogado, contemporizaba con Juan y amaba con adhesión apasionada á José María.

Su padre fué el ilustre Lic. Ferrer, sacrificado impiamente por Venegas en odio á su gran talento y á las ideas liberales que profesaba.

De educación femenil delicada y piadosa, al lado de personas caritativas, de quienes era ídolo, su carácter era dulcísimo y sus inspiraciones poéticas, no son hijas de la inspiración y del pensar profundo, eran como emanaciones delicadas que se exhalaban espontáneas del caliz de su corazón.

Era Manuel tímido como una paloma y modesto como la violeta; sonreía como declarando su poca valía, su habla tenía un sonido casi quejoso, y se hacía notar

por cierta manía de golpear de la respiración en la nariz.

El último de los cuatro tertulianos era yo, á quien de sobra van conociendo los lectores como si les hubiera nacido en la palma de la mano.

Los cuatro personajes (vamos, ¿y por qué no les he de llamar personajes?) fueron los cuatro fundadores de la famosa Academia de Letrán.*

Ahora vamos á decir cómo se formó la dichosa Academia.

Concurrían á hora determinada los nombrados, al cuarto de Lacunza, y tan de su gusto era la tertulia, que éste se daba traza para que no lo distrajesen ocupación chica ni grande.

Arrellanábase en su sillón, con su levita café de trabajo, en que reía insolente uno que otro chirlo con licencia absoluta; ni había gorrito, ni pantufla, ni nada del uniforme de bufete, como hoy se estila.

Juan con su saquito gris, Ferrer y yo con nuestros sendos barraganes. Todos con nuestros rollos de versos en los bolsillos; Lacunza J. M. se contoneaba; leía gravadoso y pausado, leía v. g. su composición *A las Estrellas*.

“Como se precipitan piedra á piedra
 “los muros de los viejos monumentos,
 “tal de mi corazón los sentimientos
 “van falleciendo ya.

* José María y Juan N. Lacunza, Manuel Tonat Ferrer y Guillermo Prieto.

Después de leer el autor la composición, pedíamos la palabra para hacer notar sus defectos, y á veces aquella era una zambra tremebunda.

Por estricta mayoría se aprobaba ó se corregía la composición. Tenían ostensiblemente aquellos ejercicios literarios el aspecto de un juego; pero en el fondo, y merced al saber de Lacunza, los nuestros eran verdaderos estudios dirigidos por él las más veces. Con el pretexto de una imitación de Herrera ó de Fray Luis de León, disertaba sobre la literatura española; otras, presentando alguna traducción de Ossian ó de Byron, hablaba sobre la literatura inglesa, y nosotros, para no quedar desairados, con varios motivos *la brillábamos* dando nuestros saludos á Goethe y Schiller, ó yéndonos á las barbas á Horacio y á Virgilio.

Más de dos años duraron los ejercicios, encerrados en las cuatros paredes del cuartito de Lacunza; pero algo se trasporaba de nuestras tertulias, y un tanto nos aguijoneaba el deseo de procurarnos otros amigos inficionados de la propia maletia de las copias.

Una tarde de Junio de 1836, este deseo no se por qué tuvo mayores creces, y resolvimos valientemente establecernos en Academia que tuviera el nombre de nuestro Colegio, instalándonos al momento y convidando á nuestros amigos, siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación.

Y diciendo y haciendo, nos pusimos en tren de inauguración, pronunciando el discurso de apertura Lacunza J. M.

No sé cómo pasaron las cosas, que estando los mismos comensales, sin cambiar de sitio y sin incidente nuevo, cobró el auditorio cierta compostura y el orador tales ínfulas, que aquel fué un discurso grandilocuente, conmovedor, magnífico.

Terminado el discurso, entre abrazos y palmoteos, parecía dirigirnos el jarro de la agua de la mesita vecina miradas de frío desengaño.

—Falta el banquete, dijo Juan; hagamos una requisición de bolsillos.

La colecta produjo real y medio.

Era necesario desechar el licor y los bizcochos.

Convenimos en la compra de una piña y en aprovechar algunos terrones de azúcar que esperaban envueltos en un papel el advenimiento del café.

Rebanóse la piña, se espolvoreó sobre ella el polvo de azúcar y. el banquete fué espléndido, amenizado con ruidosas improvisaciones.

A la sesión siguiente de la Academia ya figuraron en el cuarto de Lacunza, Eulalio M. Ortega, Joaquín Navarro y Antonio Larrañaga. De estos chicos sólo á Navarro no he dado á conocer.

Los fundadores nos habíamos pronunciado contra todo reglamento: se dictó como ley fundamental, no escrita que el que aspirase á socio presentara una composición en prosa ó verso y que echa la aprobación de la candidatura fuera lo bastante para la admisión.

Leída la composición, su autor le nombraba defensor y se entregaba al debate.

El presidente debía ser el que hubiese tenido mejor calificación en sus composiciones presentadas con un mes de anterioridad, y debía durar la Presidencia un mes, llamando para su Secretario al primero que le ocurriese.

Entre los primeros que presentaron composiciones aspirando á pertenecer á la Academia, descolló Joaquín Navarro, colegial de Letrán que concluía sus estudios y se disponía á abrazar la carrera de médico.

Era Joaquín Navarro un chiquitín cabezón, rubio, de piernas cortas y desmesurado busto, facciones toscas, boca grande y piel salpicada de barros.

Sus movimientos inquietos, su andar precipitado, su palabra atropellada y autoritativa, y la animación que daba su talento á sus discursos y facciones, le hacían muy notable.

Su lógica era poderosa, y la corrección con que hablaba, tan notable, que mil veces los taquígrafos enviaron á la imprenta sus discursos sin una sola enmendatura.

Joaquín hacía versos por condescendencia ó vanidad, sin cuidarse del asunto ni del éxito; era un talento práctico, como ahora se diría, muy capaz de honrar la escuela de Spencer ó de Mill, sin que tales genios le hubiesen pasado por las mientes.

Navarro era consumado ideólogo, y nos sorprendían sus estudios filológicos por lo profundos y trascendentales.

En las discusiones nos obligó al estudio de esas ma-

terias desconocidas cuasi por los literatos; extendía sus excursiones á la prosodia, de que se había ocupado Quintana Roo por primera vez en su célebre polémica con el padre Ochoa,¹ haciendo mención de esa polémica D. Alberto Lista, con honra para Quintana; y en psicología apenas tuvo competidores después, en Quintana, Cardoso y Carpio.

Navarro era liberal exaltado; después de su recepción de médico, que fué brillantísima, sus estrechas relaciones con Cardoso y Farías, le llevaron á la Cámara y á la oficialía mayor del Ministerio de Hacienda, que desempeñó con rara aptitud y probidad. Navarro es el verdadero autor de la ley de 30 de Noviembre, notable por sus ideas sobre crédito público.

Fogosísimo Joaquín, parece que reñía al discutir; intrépido se abalanzaba á sus adversarios como diestro batallador, y cuando se serenaban las tempestades de su naturaleza sanguínea, era dulce, amante, juguetón servicial y excelente amigo. La muerte prematura de Navarro, víctima de una erisipela fulminante, hundió en la consternación á sus amigos y numerosos partidarios.

En una de las tardes, tristonas y lluviosas por cierto, llamó á la puerta de la Academia un viejecito con su barragán encarnado á cuadros, con su vestido negro, nuevo y correcto, y su corbata blanca, mal anudada, y un sombrero maltratado con la falda levantada por detrás.

¹ No habrá aquí un error? creo se trata de Lloreda. Véase el «Registro Yucateco.» N. L.

Era penoso el andar del anciano; su cuerpo notablemente inclinado. Tez morena, ojos negros muy expresivos y brillantes, y una frente verdaderamente olímpica y llena de majestad.

El viejecito tocó la puerta, y sin más espera se entró de rondón en el cuarto y se sentó con el mayor desenfado entre nosotros, diciendo:

—Vengo á ver qué hacen mis muehachos.

La Academia se puso en pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos que conmovieron visiblemente al anciano. El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fué pronunciado por todos los labios y por aclamación irresistible fué elegido nuestro presidente perpetuo.

El júbilo por este nombramiento fué tan ardiente como sincero; nos parecía la visita cariñosa de la Patria.

Quintana á los diez y nueve años fué el consejo y el espíritu levantado del gran Morelos; rico con los sentimientos más puros y benéficos; astro de la pléyade en que brillaban espléndidos los nombres de Zavala, de Cos, de Justo Sierra y de otros esclarecidos políticos; escritor elocuentísimo que dió á conocer en el extranjero los principios de la guerra de independencia, haciendo decir á Blanco White que donde había pensadores como Quintana era imposible la esclavitud; con una aureola novelesca por sus amores con Leona Vicario, heroína encantadora de la guerra insurgente; honrado, sabio, modesto, y con una llaneza que transparentaba la bondad y la finura: tal era nuestro presiden-

te, que con voz trémula de emoción, aceptó su merecido puesto.

Era Quintana distinguidísimo latinista, y su conversación estaba matizada con citas de Cicerón, de Horacio y de Virgilio.

Él mismo había pulsado la lira con brío desusado, celebrando las glorias de la Patria; él había prorrumpido en entonación épica al fin de la guerra:

«Renueva, oh musa, el victorioso aliento
«con que fiel de la patria al amor santo,
«el fin glorioso de su acerbo llanto
«audaz predije en inspirado acento.»

En sus escritos sobre minería, en su polémica sobre las formas de gobierno, en su correspondencia con Benjamín Constant con motivo de las libertades de la prensa, el Sr. Quintana fué un monumento de gloria patria y un asteroide de primera magnitud en nuestra literatura naciente.

En los labios de Quintana, las narraciones de nuestra independencia eran encantadoras; desentrañaba con naturalidad suma los móviles de nuestra emancipación, señalando los talentos guiadores, las inconveniencias de opinión de los instruídos á medias, el poder mágico de los instintos sobreponiéndose á todas las teorías, el fondo de bondad, de amor y redención entre patriotas de distintas posiciones, de diversos grados de instrucción y de categorías que descendían de lo más alto de la civilización para confundirse con la barbarie en medio del desorden.

Fascinaba Quintana cuando hablaba de patria.

Me refería en su casa una noche, las vísperas de la instalación del Congreso de Chilpancingo.

—Morelos, me decía, era un clérigo fornido, carriacho, moreno, de grande empuje en el andar y movimientos, de voz sonora y dulce.

La estancia en que estábamos era reducida y con un solo asiento; en una mesilla de palo, blanca, ardía un velón de sebo que daba una luz palpitante y cárdena.

Morelos me dijo:

«Siéntese usted, y óigame, señor Licenciado, porque de hablar tengo mañana, y temo decir un despropósito; yo soy ignorante y quiero decir lo que está en mi corazón: ponga cuidado, déjeme decirle, y cuando acabe, me corrige para que sólo diga cosas en razón.»

Yo me senté, proseguía Quintana: el Sr. Morelos se paseaba con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza; de repente se paró frente á mí y me dijo su discurso.

Entonces, á su modo, incorrecto y sembrado de modismos y aun de faltas de lenguaje, desenvolvió á mis ojos sus creencias sobre derechos del hombre, división de poderes, separación de la Iglesia y del Estado, libertad de comercio, y todos esos admirables conceptos que se reflejan en la Constitución de Chilpancingo y que apenas entreveía la Europa misma á la luz que hicieron los relámpagos de la revolución francesa.

Yo le oía atónito, anegado en aquella elocuencia sencilla y grandiosa como vista de volcán; él seguía, yo me puse de pie. estaba arrobado. Concluyó magnífico y me dijo: Ahora ¿qué dice usted?

—Digo, señor. . . que Dios bendiga á usted (echándome en sus brazos enternecido), que no me haga caso ni quite una sola palabra de lo que ha dicho, que es admirable. . . .

—Vaya un Licenciado disparatero, dijo Morelos; y yo quedé asombrado de lo que le habían inspirado su talento y su gran corazón (porque realmente era poco instruido) á ese inmortal caudillo de nuestra independencia.

El mismo efecto que en mí, produjo al siguiente día el discurso de Morelos, en el seno del Congreso, añadió Quintana.

En su trato familiar era Quintana llano y chancero. Le decía en su casa á uno. . . —¿Usted gusta de tomar algo? por ejemplo: resuello.

—Presento á usted al Sr. Dr. Licéaga, que curó á una gran parte de los que murieron del cólera.

Cuando obligó Santa-Anna á los Magistrados de la Corte de Justicia á que usaran bandas moradas. . . un soldado le saludó en la puerta de Palacio: —Adiós mi general.

—Sí, del Papa, contestó sonriendo Quintana.

Carpio y Pesado entraron por nuestras puertas como dignos representantes de la literatura clásica.

Estatura regular (plagio de filiación de soldado), frente alemana y calva con un rosquete de cabello sobre la región frontal, ojos azules, apacibles y melancólicos, ropa holgadísima: frac, pantalón azul y chaleco blanco;

continente grave, el cuello como embutido en su ancha corbata blanca. El habla clara y sentenciosa, con un acento especial. Tenía la manía de alzarse de la pretina los pantalones constantemente, cuando estaba de pie.... Tal era el Dr. D. Manuel Carpio.

Sapientísimo médico, tenía conquistada su gloria científica; pero ni de ella ni de su gran mérito literario se envanecía.

Creylene ilustrado y sincero, trascendía su inspiración al perfume divino de la fe cristiana, y en su trato formaban sus virtudes como aureola á su bondad íntima.

En su trato era cortés, pero callado y poco expansivo, formando contraste con su reserva y con su imperturbable seriedad, los dichos agudos y los epigramas saludísimos, que como á su pesar é inconscientemente se escapaban de sus labios.

«Todo lo sabe Don Luis....
¡Como que estuvo en París!

• Tres ejércitos cabales
de soldados y oficiales
á formar la Europa va.
Que no piense en generales,
porque esos irán de acá.

Con h el arte de herrar
tiene Galván Don Mariano:
sin ella digno sería
del Congreso Mexicano.»

Estos epigramas que constan en sus obras, los disparaba sin esfuerzo en la conversación.

Un día le consulté sobre no sé qué asunto importante.

Ya le diré á usted ... Guillermo, ahora tengo una *federación* de ideas en la cabeza, que no me deja pensar.

Un médico pedante me veía un día la garganta en unión del Sr. Carpio....

—Ni duda, dijo el médico, es.... laringitis.

—Vea usted bien, señor Doctor, es *adentritis*, replicó Carpio.

La poesía sublime y grandilocuente le arrebatava: á Homero profesava amor especial; Píndaro le enajenava, y los líricos españoles eran objeto especial de su culto, con especialidad Rioja y Fr. Luis de León.

Todos estos conocimientos estaban como bordados y realzados en su cerebro, sobre un fondo de esplendor religioso y tintes de caballeridad de la edad media.

Pero Carpio aspirava á producir por sí, se transportava á su ideal propio, y entonces, en vuelo atrevido recorría las civilizaciones antiguas, y las revivía al soplo de su maravillosa erudición.

La Cena de Baltasar, las Ruinas de Babilonia, pueden dar testimonio de mi dicho. Con qué grandilocuencia exclama en esta última composición:

«Así acabó la reina de las gentes,
«harta de orgullo y de placeres harta,
«como acabó la espléndida Palmira,
«la sabia Atenas y la dura Esparta
«cuyas bellezas el viajero admira.»

«Tal vez, tal vez en tiempos venideros
 «los sabios de los siglos más lejanos
 «irán á ver de Londres opulenta
 «los restos entre inmóviles pantanos;
 «y en sus inmensas plazas y en sus calles
 «pastarán las ovejas y los bueyes,
 «y anidarán las aves solitarias
 «en los grandes palacios de sus reyes.»

Su misma pulcritud y su corrección misma, perjudicaban la espontaneidad de Carpio; su buen juicio era un gendarme que no dejaba movimiento libre á sus aptitudes poéticas.

Escribía generalmente sus versos en las noches lluviosas y para matar el fastidio, en una pieccita larga y angosta que se halla en la cabecera de su sala (calle 2ª de Mesones).

Se proponía consonantes inencontrables, se detenía horas y días hasta hallar un epíteto adecuado, dejando el claro de la palabra ó del verso entero, hasta ajustarlo á su gusto.

Había composiciones que dejaba pendientes, del tiempo de aguas de un año para el tiempo de aguas de otro, en que no salía de casa. Parece que sus musas esperaban el ruido de las canales para visitarlo, como solíamos decirle de broma.

D. Mariano Gaiván era el único que tenía el secreto de despertar su perezosa musa, obligándole á que le hiciera cada año una composición para su calendario.

Carpio era generoso y consecuente con sus amigos, y tierno, ternísimo con su familia; el desinterés lo llevaba hasta la imprudencia, y se contrariaba de que le

supieran los muchos rasgos de caridad que hacían preciosos sus cuidados para los infelices.

Las ciencias médicas le debieron mucho, y fué de los que con Durán, Escobedo y otros, pusieron los fundamentos de la Escuela que tanto honra á México en el presente.

A Carpio le cupo la gloria de iniciar la revolución médica moderna, con pretexto de combatir el sistema de Broussais.

Couto Don Bernardo, Pesado y Don Francisco Ortega, eran sus amigos predilectos.

Con Ortega quiso establecer en Puebla, en 1821, una Academia, auxiliado por su hermano D. Alejandro, que era filósofo y literato eminente.

Y... aquí una divagación.

Don Alejandro era el tipo más original que puede imaginarse. Digo original conforme al criterio de hoy; pero comunísimo en su tiempo.

De aquellos colegiales chanceros y abandonados que señalaban su libro con una tortilla ó quitándole la correa á un zapato; que llevaban á su dama de regalo una *torta compuesta* en la bolsa del levitón acabado de estrenar; que para estudiar buscaban un rincón apartado para sentarse en el suelo y que nadie les importunase; que se zurcían un pantalón con trapo de color dudoso y que hacían fungir un cordel de atadero á la mejor de espadas.

D. Alejandro pasaba todos sus ratos de ocio en una barbería de frente á su colegio, tendido á la bartola,

teniendo sobre el pecho un guitarrón soberbio, que pulsaba divinamente.

Pero D. Alejandro era teólogo eximio, jurisconsulto profundo, matemático eminentísimo, y no tenía rival en ciencias naturales; conocía como muy pocos, el griego, el hebreo y el latín, y, entre bromas y chanzas, era maestro de niños, consultor de sabios, y asombro de los hombres de letras.

D. Alejandro influyó muy poderosamente en la educación de D. Manuel, á quien mucho amaba.

Su carácter festivo ha dejado en la tradición numerosas anécdotas.

Le preguntaba una vez en los corredores altísimos del Colegio, un colegial muy tonto: —Si cayera yo de aquí al patio, ¿qué me sucedería, D. Alejandro?

—Según, hijo; si fuese de cabeza. . . nada.

Porfiaban unos colegiales hacia dónde quedaba la Capilla del Señor de los Trabajos, situada al Poniente de Puebla.

—Allí, allí, decía señalando al Oriente el más lerdo, doblando el brazo.

—¡Bárbaro! dijeron todos. . .

D. Alejandro dijo: Tiene razón. Este siempre apunta con el codo.

Carpio, por su naturaleza, era aristócrata; pero un aristócrata ideal, es decir, los grandes señores con su esplendor, sus hazañas, su magnanimidad y sus vicios, le entusiasmaban; pero, al tocar la realidad en sus re-

laciones con nuestros ricos, se aislaba, y se encerraba en su aislamiento.

Hablaba mal y difícilmente, impacientándose de su tarda expresión. Pocas veces, aun en los cuerpos deliberantes, usó de la palabra, aunque era muy solicitado su consejo en los más importantes negocios.

Carpio D. Manuel nació en Cosamaloapan en 1790.

Aquel apuesto caballero de ojos azules, cabello levantado sobre una hermosa frente, nariz afilada, un tanto curva, boca preciosa con dentadura blanquísima, y porte ligero, franco y simpático. . . , ese es D. José Joaquín Pesado.

Su voz era musical y dulcísima, aunque cierto dejo nasal la acentuaba.—¿Cómo va, Príncipe?—Era el saludo á sus amigos.

A primera vista parecía el político y el hombre entregado á los negocios, como entendido cosechero de tabaco.

Algunos políticos le juzgaban liberal exaltado, por sus escritos en la *Oposición* que redactó en unión de Olaguibel, de Couto y de Ortega, y por sus relaciones con Fariás, Mora y otros prohombres de la Administración de 1833. Otros le juzgaban veleidoso y poco fijo en sus ideas, sobre todo cuando fué Ministro de Don Anastasio Bustamante. Pero aquí me estoy ocupando preferentemente del poeta.

Sea su natural timidez, sea su espíritu contemporizador, sea su vastísima lectura y su admiración por los clásicos, Pesado era realmente esclavo de la forma. Su